

Las perspectivas electorales del PSOE y las nuevas potencialidades de la socialdemocracia



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

A partir de los años ochenta del siglo pasado, varios partidos socialdemócratas europeos entraron en procesos de declive subyacente —más allá de sus resultados electorales—, debido al propio éxito que habían tenido en la implantación del Estado de Bienestar. Lo cual era bastante paradójico.

Partidos constituyentes

Tal evolución paradójica y contradictoria es propia de las organizaciones políticas que, de alguna manera, llegan a convertirse en la práctica en *partidos constituyentes*. Es decir, partidos cuyo programa y razón de ser se incorpora a la propia Constitución establecida y pasan a formar parte del consenso general. En las democracias modernas esto ocurrió primero con los *partidos liberales* originarios, cuyas concepciones democráticas universalistas acabaron siendo asumidas prácticamente por todos. Con lo cual, tales partidos acabaron perdiendo en gran medida su razón de ser y sus apoyos específicos.

El éxito en el cumplimiento del *programa mínimo* socialdemócrata y las dudas y problemas que suscitaba la realización práctica del más inconcreto *programa máximo* (de acuerdo al doble modelo programático de los partidos de la Segunda Internacional), situó a muchos de estos partidos ante una encrucijada complicada. Es decir,

Durante los últimos años muchos partidos socialdemócratas han estado desorientados, recurriendo a generalidades y a cambios continuos en su cartel, sin saber muy bien cuál era el papel que podían y debían representar en el escenario complejo de la nueva época.

si su razón de ser más específica e identificable ya se había consumado con el desarrollo de las políticas sociales y de protección, ¿con qué programa podían concurrir ante sus electores para animarles a que les dieran sus votos? ¿Era suficiente presentarse ante la opinión pública como los defensores más genuinos de todo aquello que se había logrado ya?

Agotamiento programático

Aparte de la insuficiencia incentivadora del argumento de la mera “conservación” inercial de lo ya existente, la cuestión se complicó en aquellos años debido a las posiciones de algunos sectores social-cristianos que también reclamaban como suyas las políticas sociales, amén del alto respaldo popular que llegó a alcanzar el Estado de Bienestar en los países avanzados.

Por eso, durante las últimas décadas del siglo pasado, las estrategias socialdemócratas —más allá del Estado de Bienestar— se orientaron en un doble plano: por un lado, algunos sectores y partidos intentaron ser más “competitivos” en términos de capacidad de gestión del Estado de Bienestar. Lo que dio lugar a enfoques tecnocráticos que acabaron suscitando una desideologización y los consiguientes retraimientos electorales. A su vez, otros intentaron avanzar en la especificación de algunos contenidos del *programa máximo*, apostando, por ejemplo, por las ideas de democracia industrial y la participación de los trabajadores en los centros del trabajo. Igualmente no faltaron los que lanzaron propuestas de un desarrollo democrático más participativo en las instituciones políticas.

Pero, ambas líneas programáticas tuvieron inicialmente poco recorrido y un escaso eco. Más allá de las experiencias de cogestión en Alemania y de democracia

industrial en los países nórdicos, la inflexión de poder que se produjo a partir de la caída del muro de Berlín y el desmoronamiento del comunismo dio lugar a una pérdida de fuerza de la socialdemocracia y a un rápido agotamiento de los discursos de la "autogestión", "la democracia participativa", "el enriquecimiento del trabajo", "la participación directa", etc.

La claudicación de algunos líderes y cuadros socialdemócratas ante los enfoques neliberales, o los intentos de hacer solo una lectura más "compasiva" y social de dichos enfoques, acabó quemando y distanciando a una parte de los viejos electorados socialdemócratas, al tiempo que otros sectores emergentes se mostraban reticentes y desconfiados en un contexto general de desideologización y ambigüedad programática, que daba lugar a que el principal recurso de motivación electoral descansara en la credibilidad y confianza de los liderazgos. Lo cual acabó plasmándose en una excesiva personalización de la competencia electoral, con oscilaciones periódicas que se correspondían con la caída en descrédito de unos líderes y el ascenso de otros, con sucesivas rotaciones que muchas veces carecían de mayor alcance sustantivo.

Nuevas necesidades

A partir de esta evolución de los hechos, actualmente se puede constatar un cambio nuclear en sociedades como España que puede dar lugar a una alteración sustantiva en las expectativas electorales, en la medida que ahora los electores están bastante motivados ante determinadas cuestiones y necesidades.

Los tres aspectos centrales del cambio actual son: en primer lugar, las regresiones y recortes que se están dando en el Estado de Bienestar, lo que hace que muchos ciudadanos se sientan inseguros y necesitados de protección pública; en segundo lugar, las involuciones en políticas de seguridad y derechos sociales, en el marco de un fuerte control de la comunicación social e incluso de represión e intentos de asfixia de iniciativas y publicaciones de orientación crítica y progresista, acompañadas de estrategias inquietantes de criminalización de los sindicatos y de las protestas; en tercer lugar, y en relación con lo anterior, se está dando una pérdida de calidad de la democracia, con riesgos de desafección y distanciamientos dualizadores que tienen su origen en la falta de cauces y procedimientos institucionales adecuados que faciliten una mayor implicación y participación desde abajo.

Lógicamente, a estos tres elementos críticos en algunos países, como España, se unen otros problemas específicos —de integración nacional, de paro masivo, de ineficacia en la gestión de Gobierno, etc.— que amenazan con llevar la situación hasta niveles inflamables. De ahí que la mayoría de la opinión pública esté preocupada y demande otras soluciones y alternativas.

¿Cómo va a afectar todo esto a las perspectivas electorales de los partidos socialdemócratas? Obviamente, de manera crucial, en la medida que estos partidos vuelven a tener un papel decisivo en el escenario político.

Los recortes y regresiones sociales y la emergencia de nuevos problemas, necesidades y demandas públicas, están dando lugar a que los partidos socialdemócratas vuelvan a recuperar un papel central y un proyecto programático sólido y de alcance, que puede ser apoyado por amplios sectores sociales.

Después de años de deambular desorientados y de ir de un lado para otro, con cambios cíclicos en el reparto del cartel, sin saber muy bien cuál era el papel que se tenía y se podía representar al salir al escenario, en estos momentos la socialdemocracia vuelve a tener un papel destacado y neto de protagonista: el papel de relanzar las políticas propias del Estado de Bienestar, adecuadas a los tiempos presentes. Ahora, con la ventaja de la experiencia anterior, sabiendo los errores que no se deben cometer de nuevo, y cómo lograr que estas políticas sean más eficientes y más aquilatadas en costes y rendimientos.

Un nuevo papel central

Además de la recuperación de algunos de los contenidos del *programa mínimo*, actualmente la socialdemocracia también puede contar con otros vientos favorables conectados a aspectos importantes de los viejos *programas máximos*, en relación con las mejoras de la participación y la calidad de la democracia, que ahora sí motiva a muchos ciudadanos, y también, y de manera especial, con la organización del trabajo, no solo en la perspectiva de atajar la sangría mortal —en términos societarios— del paro masivo, sino asimismo en lo que se refiere a las nuevas formas de entender el trabajo y las empresas del siglo XXI, en un contexto científico-tecnológico y organizacional que ya no se parece en nada al del primer industrialismo. Todo lo cual sitúa a la socialdemocracia del siglo XXI en una po-

